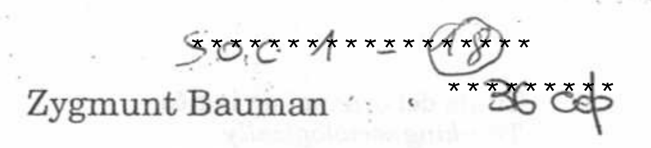
Colección Diagonal

Soc 1 - 01
12 copias



Zygmunt Bauman

PENSANDO SOCIOLOGICAMENTE

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

Título del original en inglés:
Thinking sociologically
Oxford, Basil Blackwell, 1990

Traducción de Ofelia Castillo

I.S.B.N. 950-602-303-4

Tucumán 3748, (1189) Buenos Aires, República Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

AGRADECIMIENTOS

Tim Goodfellow, Simon Prosser, Tracy Traynor, Kate Chapman y Helen Jeffrey colaboraron, cada uno a su modo (con sus ideas interesantes, su delicado estímulo, su competente orientación, editando y cuidando el proyecto) a la creación de este libro. La autoría no estaría clara si no se mencionaran estos nombres.

Hubo innumerables personas cuyos nombres es imposible consignar aquí, sin las cuales este libro nunca habría sido concebido, escrito y producido. Sobre todo, colegas y estudiantes: este libro nació conversando con ellos y escuchándolos. Pensar y escribir, aunque sea una acto privado, es una cuestión social.

INTRODUCCION: SOCIOLOGIA ¿PARA QUE?

Se puede concebir la sociología de diversas maneras. La más simple consiste en pensar en una larga estantería repleta de libros. Todos los libros llevan la palabra "sociología" en el título, el subtítulo o el índice (y por eso el bibliotecario los colocó juntos en esos estantes). Los libros consignan los nombres de sus autores, que se autodenominan sociólogos (es decir, dentro de su condición de investigadores o docentes se los califica oficialmente de sociólogos). Al pensar en estos libros y sus autores uno piensa en el cuerpo de conocimiento que se acumuló durante los muchos años transcurridos desde que se piensa y se practica la sociología. Y piensa también que en sociología hay una suerte de tradición que cumplir, un cierto volumen de información que todos los recién llegados al campo –ya sea que quieran practicar la sociología o que sólo pretendan indagar lo que ella les ofrece– deben primero consumir, digerir, incorporar. O mejor aun, pensamos en la sociología de un modo que incluye el constante flujo de recién llegados (después de todo, constantemente se agregan libros a los estantes): pensamos en ella como una actividad permanente, una preocupación continua, una constante verificación del caudal de sabiduría recibida confrontándola con las experiencias nuevas, un incremento constante del conocimiento acumulado y su modificación en el proceso.

Esta manera de pensar acerca de la sociología parece natural y obvia. Es así como respondemos espontáneamente a cualquier pregunta del tipo "¿Qué es un X?". Si nos preguntan, por ejemplo, "¿Qué es un león" señalamos con el dedo determinado animal, en la jaula del zoológico, en una fotografía, en un dibujo. Y si una

persona que no habla nuestro idioma nos pregunta "¿Qué es un lápiz?" sacamos del bolsillo el objeto en cuestión y se lo mostramos. En ambos casos buscamos y señalamos un vínculo entre cierta palabra y cierto objeto. Consideramos que las palabras se refieren a objetos, representan objetos; cada palabra nos remite a determinado objeto, ya sea un animal o un instrumento para escribir. Encontrar el objeto a que la palabra se refiere (es decir, encontrar el referente de la palabra) es una respuesta conveniente y correcta para nuestra primera pregunta. Una vez obtenida esta respuesta ya sé cómo usar una palabra que hasta entonces me era desconocida; sé con referencia a qué, en conexión con qué, en qué condiciones debo usarla. El tipo de respuesta de que estamos hablando me enseña precisamente esto: cómo usar una palabra dada.

Pero la respuesta no me brinda conocimiento alguno acerca del objeto mismo, del que me han señalado como referente de la palabra sobre la cual pregunté. Sólo sé qué aspecto tiene el objeto, de modo que en el futuro podré reconocerlo como el objeto que la palabra representa. Así, lo que el método de señalar con el dedo puede enseñarme tiene límites, y bastante estrechos. Habiendo descubierto a qué objeto se refiere la palabra, probablemente me sentiré impulsado a seguir preguntando: "¿De qué modo es peculiar este objeto? ¿De qué manera se diferencia de otros objetos, como para que se justifique referirse a él con determinado nombre?". Esto es un león. Pero esto no es un tigre. Esto es un lápiz. Pero esto no es una lapicera. Si llamar león a este animal es correcto, pero llamarlo tigre no lo es, debe haber algo que los leones tienen y los tigres no tienen (ese algo hace que los leones sean lo que los tigres no son). Debe haber alguna *diferencia* que separa a los leones de los tigres. Sólo descubriendo esta diferencia podemos saber lo que son realmente los leones, como algo distinto de saber qué objeto representa la palabra "león".

Y, por lo tanto, no podemos estar totalmente satisfechos con nuestra respuesta preliminar a la pregunta acerca de la sociología. Necesitamos pensar más. Hemos aceptado que la palabra "sociología" representa determinado cuerpo de conocimiento y ciertas prácticas que utilizan este conocimiento y al mismo tiempo lo incrementan; y ahora debemos formularnos más preguntas acerca de ese conocimiento y esas prácticas. ¿Qué hay en ellos que los hace claramente "sociológicos"? ¿Qué es lo que los hace diferentes de otros cuerpos de conocimiento y de otras prácticas de producción y utilización del conocimiento?

Por cierto, lo primero que descubrimos al observar los estantes de la biblioteca llenos de libros de sociología es que esos estantes

están rodeados por otros, y que los libros de esos otros estantes no son de "sociología". En la mayoría de las bibliotecas universitarias descubriríamos, probablemente, que los vecinos más próximos son los estantes que llevan las siguientes etiquetas: "historia", "ciencias políticas", "derecho, "política social", "economía". Seguramente los bibliotecarios que dispusieron los estantes pensaron que para los lectores sería cómodo y conveniente que estuvieran cerca. Dieron por sentado (o así podemos suponerlo) que los lectores que revisaran los estantes de sociología buscarían, en algún momento, un libro ubicado, por ejemplo, en los estantes de historia o de ciencias políticas y que esto podría suceder con más frecuencia que la búsqueda de materia, digamos, de física o de ingeniería mecánica. En otras palabras, los bibliotecarios habrían supuesto que la materia "sociología" está de algún modo más próxima a los cuerpos de conocimiento llamados "ciencias políticas" o "economía" y quizá también que la diferencia entre los libros de sociología y los libros colocados en su vecindad inmediata es menos pronunciada, tajante y terminante que las diferencias entre la sociología y, por ejemplo, la medicina o la química.

Ya sea que estos pensamientos hayan cruzado por su mente o no, los bibliotecarios actuaron correctamente. Los cuerpos de conocimiento que ubicaron cerca tienen mucho en común. Todos ellos se ocupan del mundo hecho por el hombre: de la parte del mundo, o del aspecto del mundo, que lleva la huella de la actividad humana, que no existiría si no fuera por las acciones de los seres humanos. Historia, derecho, economía, ciencias políticas, sociología, todos esos cuerpos de conocimiento discuten las acciones humanas y sus consecuencias. Tienen mucho en común con ellas, y por esta razón es correcto agruparlos. Pero si todos estos cuerpos de conocimiento exploran el mismo territorio, ¿qué es lo que los separa? ¿Cuál es "esa diferencia que hace la diferencia", la que justifica la división y los nombres diferentes? ¿En qué nos basamos para afirmar que, independientemente de las similitudes, los terrenos y los intereses comunes, la historia no es sociología, y la sociología no es ciencias políticas?

Espontáneamente nos sentimos impulsados a dar una respuesta simple: las divisiones entre los diversos cuerpos de conocimiento deben reflejar las divisiones del mundo que investigan. Las acciones humanas, o los aspectos de las acciones humanas, difieren entre sí; y las divisiones entre cuerpos de conocimiento simplemente toman conocimiento de este hecho. Así, estaremos tentados de decir que la historia trata de las acciones que tuvieron lugar en el pasado y sólo de eso, mientras que la sociología se

concentra en las acciones actuales o en las cualidades generales de las acciones que no cambian con el tiempo. La antropología, por su parte, nos habla de las acciones humanas en sociedades distantes en el espacio y diferentes de la nuestra, mientras que la sociología centra su atención en las acciones que tienen lugar en nuestra sociedad (sea lo que fuere lo que esa expresión signifique) o en los aspectos de la acción que no varían de una sociedad a otra. En el caso de otros parientes cercanos de la sociología, la respuesta "obvia" suele ser menos obvia, pero siempre podemos intentarlo. Veamos: las ciencias políticas examinan principalmente las acciones que se refieren al poder y al gobierno; la economía se ocupa de las acciones vinculadas con el uso de los recursos y la producción y distribución de productos; al derecho le interesan las normas que rigen el comportamiento humano y la manera en que tales normas se formulan, se hacen obligatorias y se ponen en vigor... Nos damos cuenta entonces de que si siguiéramos razonando así nos veríamos obligados a deducir que la sociología es una suerte de disciplina residual, que se alimenta de lo que las otras descuidan. Mientras más material pusieron las otras disciplinas bajo sus microscopios, menos fue quedando para los sociólogos; como si "allá afuera", en el mundo humano, hubiera un número limitado de hechos que esperan ser divididos y agrupados, según su naturaleza intrínseca, por ramas especializadas de la investigación.

La desventaja de esta respuesta "obvia" a nuestra pregunta es que, tal como la mayoría de las creencias que se nos aparecen como obvias y evidentemente verdaderas, sólo sigue siendo obvia si nos abstenemos de examinar atentamente los supuestos que debemos asumir para aceptarla. Tratemos, entonces, de desandar las etapas por las que llegamos a considerar que nuestra respuesta era obvia.

¿De dónde sacamos la idea de que las acciones humanas se dividen en cierto número de tipos diferentes? Del hecho de que se las ha clasificado de esa manera y de que a cada archivo de esa clasificación se le ha asignado un nombre diferente (de modo que sepamos cuándo hablar de política, cuándo de economía y cuándo de cuestiones legales; y lo que encontraremos en cada lugar); y del hecho de que existen grupos de personas expertas, informadas, creíbles y confiables, que afirman tener derechos exclusivos para estudiar, dar una opinión válida y orientar respecto de ciertos tipos de acciones, si bien no respecto de otros. Pero llevemos nuestra indagación un paso más adelante: ¿cómo sabemos lo que es el mundo humano "en sí mismo", es decir, antes de que se lo haya dividido en economía, política o sociología, e independientemente de tal división? Sin duda alguna, no lo hemos descubierto gracias a nuestra experiencia vital. No vivimos ahora en política, después en economía; no pasamos de la sociología a la antropología cuando viajamos de Inglaterra a América del Sur, ni de la historia a la sociología cuando tenemos más edad. Si podemos separar tales dominios en nuestra experiencia, si podemos decir que esta acción, aquí y ahora, pertenece a la política, mientras que otra tiene carácter económico, es sólo porque nos han enseñado a hacer esas distinciones de antemano. Por lo tanto, no conocemos el mundo en sí sino lo que hacemos con el mundo; estamos poniendo en práctica, por así decir, nuestra imagen del mundo, un modelo prolijamente construido con los bloques que nos brindaron el lenguaje y nuestra formación.

En consecuencia, podemos muy bien decir que las diferencias entre las disciplinas académicas no reflejan la división natural del mundo humano. Es, por el contrario, la división del trabajo entre los académicos que se ocupan de las acciones humanas (una división respaldada y reforzada por la mutua separación de los respectivos expertos, y por los derechos exclusivos que tiene cada grupo para decidir lo que pertenece y lo que no pertenece al área que ellos rigen) lo que se proyecta sobre el mapa mental del mundo humano que llevamos en nuestras mentes y después desplegamos en nuestros actos. Es esa división del trabajo la que da una estructura al mundo en que vivimos. En consecuencia, si queremos develar nuestro misterio y descubrir la ubicación secreta de "esa diferencia que hace la diferencia", será mejor que observemos las prácticas de las disciplinas mismas, de las que al principio pensamos que reflejaban, modestamente, la estructura natural del mundo. Tal vez supongamos ahora que son estas prácticas las que difieren entre sí y que si hay una reflexión, ella va en un sentido exactamente opuesto al que habíamos creído.

¿En qué difieren las prácticas de las diversas ramas de estudio? En primer lugar, hay muy poca –o ninguna– diferencia entre sus actitudes hacia lo que seleccionan como objeto de estudio. Todas declaran que obedecen las mismas reglas de conducta cuando tratan con sus respectivos objetos. Todas se esfuerzan por reunir todos los *hechos* relevantes; todas tratan de asegurarse de que sus hechos son correctos, de que han sido verificados una y otra vez y de que, por tanto, la información acerca de ellos es confiable; todas tratan de formular sus propuestas acerca de los hechos de modo tal que se las pueda entender claramente y sin ambigüedades y se las pueda confrontar con la evidencia de la que afirman derivar, y también con cualquier evidencia que pueda surgir en el futuro;

todas tratan de vaciar previamente o de eliminar las contradicciones entre las propuestas que hacen o sostienen, de modo de no hacer en ningún caso dos propuestas que no puedan ser verdaderas al mismo tiempo. En resumen, todas tratan de estar a la altura de lo que prometen; tratan de obtener y presentar sus resultados de una manera *responsable* (es decir, de la manera que, se cree, lleva a la *verdad*). Y están preparadas para ser criticadas –y para retractarse de sus afirmaciones– si no lo hacen. Así que no hay diferencia alguna en cómo la tarea de los expertos y su marca –la responsabilidad académica– se entienden y se practican. Y probablemente tampoco podríamos encontrar una diferencia en la mayoría de los otros aspectos de las prácticas de la erudición. Todas las personas reconocidas como expertos, o que afirman serlo, parecen desplegar estrategias similares para recoger y procesar sus hechos: observan las cosas que estudian ya en su hábitat natural (por ejemplo, a los seres humanos en su vida cotidiana "normal" en el hogar, en público, en sus lugares de trabajo o esparcimiento) ya en condiciones experimentales especialmente ideadas y rigurosamente controladas (cuando, por ejemplo, se observan las reacciones humanas en entornos diseñados deliberadamente; o se insta a las personas a responder a ciertas preguntas, destinadas a eliminar toda interferencia indeseable); y a la inversa, los hechos que eligen son las evidencias registradas de observaciones similares hechas en el pasado (por ejemplo, registros parroquiales, datos de censos, archivos policiales). Y todos los académicos comparten las mismas reglas generales de la lógica para extraer y convalidar (o invalidar) las conclusiones que se desprenden de los hechos que reunieron y verificaron.

Parecería, por lo tanto, que nuestra última esperanza de encontrar la buscada "diferencia que hace la diferencia" estuviera en el tipo de preguntas típicas de cada rama de la investigación –preguntas que determinan los puntos de vista (*perspectivas cognitivas*) desde los que las acciones humanas son contempladas, exploradas y descriptas por los académicos pertenecientes a las diferentes disciplinas –y en los *principios* utilizados para ordenar la información generada por el cuestionamiento y para organizarla en un modelo de determinado fragmento o aspecto de la vida humana.

En una primera aproximación muy burda, la economía, por ejemplo, observaría principalmente la relación entre los costos y los efectos de la acción humana. Probablemente contemplaría la acción humana desde el punto de vista del management de escasos recursos al que los actores quieren acceder para usarlo en su

beneficio. De modo que vería las relaciones entre los actores como aspectos de la creación y el intercambio de bienes y servicios, regulados por la oferta y la demanda. Y finalmente ordenaría sus resultados para construir un modelo del proceso por el que se crean, obtienen y distribuyen los recursos entre diversas demandas. La ciencia política, por otro lado, se interesaría sobre todo en aquel aspecto de la acción humana que modifica la conducta real o previsible de otros actores o es modificada por ella, impacto éste estudiado por lo general con el nombre de "poder" o "influencia". Consideraría las acciones humanas desde el punto de vista de la asimetría de tal poder y la influencia: en la interacción, algunos actores resultan modificados más profundamente que otros. Probablemente organizaría sus conclusiones alrededor de conceptos tales como poder, dominación, autoridad, etc., que se refieren todos a la diferenciación de las posibilidades de obtener lo que las partes de la relación buscan.

Estas preocupaciones de la economía y de la ciencia política (tanto como los intereses del resto de las ciencias humanas) no son en modo alguno ajenas a la sociología. Lo descubrimos al hojear cualquier bibliografía recomendada para estudiantes de sociología: esa lista de libros contendrá, sin duda, algunas obras escritas por estudiosos que se autodenominan historiadores, cientistas políticos o antropólogos, y son reconocidos como tales. Y sin embargo la sociología, al igual que otras ramas de los estudios sociales, tiene su propia perspectiva cognitiva, su propia serie de preguntas para indagar en las acciones humanas, y también su propia batería de principios de interpretación.

Como un primer resumen tentativo podríamos decir que lo que identifica a la sociología y le otorga su rasgo distintivo es el hábito de considerar las acciones humanas como *elementos de elaboraciones más amplias*, es decir, de una disposición no aleatoria de los actores, que se encuentran aprisionados en una red de *dependencia mutua* (siendo la dependencia un estado en el que la probabilidad de que se realice la acción y la posibilidad de su éxito cambian en relación con lo que los actores son, hacen o pueden hacer). Los sociólogos se preguntarían qué consecuencias tendría esta interdependencia para el comportamiento real y posible de los actores humanos. Estos intereses moldean el objeto de la indagación sociológica: elaboraciones, redes de dependencia mutua, condicionamiento recíproco de la acción, expansión o limitación de la libertad de los actores: ésas son las preocupaciones más importantes de la sociología. Los actores individuales, como ustedes o yo, son considerados por los estudios sociológicos en su condición de

unidades, miembros o socios dentro de una red de interdependencia. Podríamos decir que la pregunta central de la sociología es: ¿en qué sentido tiene importancia que, en cualquier cosa que hagan o puedan hacer, las personas dependan de otras personas; en qué sentido tiene importancia que vivan siempre (y no pueden evitarlo) en compañía de, en comunicación, en intercambio, en competencia, en cooperación con otros seres humanos? Es este tipo de pregunta (y no un conjunto aislado de personas o hechos seleccionados a los fines del estudio, ni tampoco una serie de acciones humanas desconocidas por otras líneas de investigación) lo que constituye el dominio de la discusión sociológica y define a la sociología como una rama relativamente autónoma de las ciencias humanas y sociales. La sociología, podríamos entonces deducir, es en primer lugar y sobre todo, una manera de pensar acerca del mundo humano; en principio, uno podría también pensar acerca del mismo mundo de diferentes maneras.

Entre esas diferentes formas, de las que la manera de pensar sociológica se diferencia, ocupa un lugar muy especial el llamado *sentido común*. Pero las relaciones de la sociología –quizá más que las de otras ramas del conocimiento– con el sentido común (ese conocimiento rico pero desorganizado, asistemático y con frecuencia inarticulado e inefable de que nos valemos para el diario oficio de vivir) están llenas de problemas decisivos para su naturaleza y su práctica.

En realidad, pocas son las ciencias a las que afecta la expresión de su relación con el sentido común; la mayoría ni siquiera advierte que el sentido común existe, y menos aún que puede significar un problema. Casi todas las ciencias se definen a sí mismas en función de límites que las separan de o puentes que las vinculan con las otras ciencias, es decir, con líneas de investigación tan sistemáticas y respetables como ellas mismas. No creen compartir con el sentido común un terreno lo suficientemente amplio como para preocuparse por trazar límites o construir puentes. Y debemos admitir que esa indiferencia se justifica. El sentido común no tiene prácticamente nada que decir acerca de las cuestiones de las que hablan la física, la química, la astronomía o la geología (y si algo dice sobre tales cuestiones, sólo puede hacerlo por gentileza de las otras ciencias, en la medida en que éstas se las arreglan para que sus recónditas conclusiones resulten ininteligibles para los legos). Los temas de la física o la astronomía rara vez aparecen en el campo de visión de los hombres y mujeres corrientes, en la experiencia cotidiana de personas como usted y yo. De modo que nosotros, los no expertos, la gente común, no podemos

formarnos una opinión acerca de tales cuestiones, a menos que los científicos mismos nos ayuden (de hecho, nos instruyan). Los objetos explorados por ciencias como las que he mencionado aparecen sólo en eventos muy especiales, a los que los legos no tienen acceso: en la pantalla de un acelerador de costo multimillonario, en la lente de un telescopio gigantesco, en el extremo de una sonda de trescientos metros de profundidad. Sólo los científicos pueden verlos y experimentar con ellos; estos objetos y estos eventos son posesión monopólica de determinada rama de la ciencia (o hasta de un grupo selecto de especialistas de ese campo) y no se comparten con nadie que no sea miembro de la profesión. Como son los únicos poseedores de la experiencia que provee la materia prima para su estudio, los científicos tienen el control total de la manera en que se procesa, analiza e interpreta el material. Los productos del procesamiento tendrán que atravesar el examen crítico de otros científicos, pero sólo el de ellos. No habrán de competir con la opinión pública, el sentido común o cualquier otra manifestación en la que pudieran figurar los puntos de vista de los no especialistas; y ello por la simple razón de que en las cuestiones que ellos estudian y sobre las que se pronuncian no hay opinión pública ni punto de vista de sentido común.

Con la sociología las cosas son muy diferentes. En los estudios sociológicos no hay equivalentes de los aceleradores enormes ni de los radiotelescopios. Toda la experiencia que proporciona la materia prima para las conclusiones de la sociología (es decir, el material de que está hecho el conocimiento sociológico) es la experiencia de la gente común en la vida común y cotidiana; una experiencia en principio accesible a todo el mundo, aunque a veces no sea así en la práctica; una experiencia que, antes de ser colocada bajo la lupa de un sociólogo había sido vivida por alguien más: un no sociólogo, una persona no entrenada en el uso del lenguaje sociológico, no acostumbrada a ver las cosas desde un punto de vista sociológico. A fin de cuentas, todos vivimos en compañía de otras personas e interactuamos con los demás. Todos hemos aprendido muy bien que lo que tenemos depende de lo que otras personas hagan. Todos nosotros hemos atravesado más de una vez la dolorosa experiencia de una ruptura de la comunicación con amigos y extraños. Todo aquello de que la sociología habla estuvo ya en nuestras vidas. Y así debe ser, puesto que de otro modo seríamos incapaces de manejar nuestros asuntos. Vivir en compañía de otras personas requiere una gran cantidad de conocimiento; y ese conocimiento se llama "sentido común".

Sin embargo, profundamente inmersos en nuestras rutinas,

casi nunca nos detenemos para pensar acerca del significado de lo que hemos atravesado; y menos frecuentemente aun tenemos ocasión de comparar nuestra experiencia privada con el destino de otros, ocasión de ver lo *social* en lo *individual*, lo *general* en lo *particular*. Y esto es precisamente lo que los sociólogos pueden hacer por nosotros. Esperamos de ellos que nos muestren cómo nuestras *biografías* individuales se entretejen con la *historia* que compartimos con nuestros congeneres. Y aun cuando los sociólogos no vayan tan lejos, no tienen otro punto de partida que la experiencia vital de todos los días que comparten con usted y conmigo, ese conocimiento crudo que satura la vida cotidiana de cada uno de nosotros. Sólo por esta razón los sociólogos, por más que se hayan esforzado por seguir el ejemplo de los físicos y los biólogos, apartándose del objeto de su estudio (es decir, contemplar mi experiencia vital y, por ejemplo, la del lector, como un objeto que está "afuera" y actuar como lo haría un observador desapegado e imparcial); sólo por esta razón, decíamos, no pueden apartarse completamente de su conocimiento íntimo de la experiencia que tratan de comprender. Por más que intenten lo contrario, los sociólogos están condenados a permanecer en ambos lados de la experiencia que pretenden interpretar: adentro y afuera al mismo tiempo. (Adviértase con cuánta frecuencia los sociólogos usan el pronombre personal "nosotros" cuando informan sobre sus conclusiones y formulan sus proposiciones generales. Ese "nosotros" representa un "objeto" que incluye a quienes estudian y a quienes son estudiados. ¿Se imagina usted a un físico usando el "nosotros" para referirse a él y a las moléculas? ¿O a los astrónomos valiéndose de la misma palabra para generalizar acerca de ellos y las estrellas?)

Todavía hay más que decir acerca de la especial relación entre sociología y sentido común. Los fenómenos que los modernos físicos o astrónomos observan y sobre los que teorizan se presentan en una forma prístina e inocente, no procesada, libre de etiquetas, definiciones prefabricadas e interpretaciones previas (es decir, con excepción de las interpretaciones que recibieron de antemano de los físicos que montaron los experimentos que produjeron los fenómenos). Ellos esperan que el físico o el astrónomo les dé nombre, los coloque entre otros fenómenos y los combine para formar un todo ordenado: en resumen, esperan que les den *significado*. Pero hay pocos, si es que los hay, equivalentes sociológicos de fenómenos tan limpios, a los que nunca antes se les haya dado significado. Todas las acciones e interacciones humanas que los sociólogos exploran han recibido algún nombre, y

además, los actores mismos han teorizado acerca de ellas, si bien en forma vaga y pobremente expresada. Antes de empezar a observarse a ellos mismos, los sociólogos fueron objetos del conocimiento de sentido común. Los actores han dado ya significado y significación a familias, organizaciones, redes de parentesco, vecindarios, ciudades y aldeas, naciones e iglesias y otras agrupaciones mantenidas por la interacción humana regular, y las encaran conscientemente como portadoras de tales significados. Los actores legos y los sociólogos profesionales tendrían que usar los mismos nombres, el mismo lenguaje, al referirse a esas agrupaciones. Cada término que los sociólogos pueden utilizar estará ya fuertemente cargado por los significados dados por el conocimiento de sentido común de las personas "comunes", como ustedes y yo.

Por todas estas razones, la sociología está demasiado íntimamente relacionada con el sentido común como para permitirse esa distante ecuanimidad con que pueden tratarlo otras ciencias, como la química o la geología. A usted y a mí nos está permitido hablar de interdependencia e interacción humanas, y hablar con autoridad. ¿Acaso no las practicamos y experimentamos? El discurso sociológico es muy abierto: no se invita a todo el mundo a entrar en el campo, pero tampoco existen límites claros ni barreras eficaces. Con fronteras mal definidas, cuya seguridad no es garantizada de antemano (a diferencia de las ciencias que estudian objetos inaccesibles a la experiencia de los legos), la soberanía de la sociología sobre el conocimiento social, su derecho a pronunciarse con autoridad sobre el tema, siempre puede ser cuestionada. Por eso, trazar un límite entre el conocimiento sociológico propiamente dicho y el sentido común –que está siempre lleno de ideas sociológicas– es una cuestión importante para la identidad de la sociología como cuerpo coherente de conocimiento; y por eso los sociólogos le prestan más atención que otros científicos.

Podemos mencionar por lo menos cuatro diferencias fundamentales entre las maneras en que la sociología y el sentido común –mi conocimiento "crudo" del oficio de vivir, por ejemplo, y el de mis lectores– abordan el tópico que comparten: la experiencia humana.

Digamos en primer lugar que la sociología (a diferencia del sentido común) hace un esfuerzo por subordinarse a las rigurosas reglas del *discurso responsable*, que supuestamente es un atributo de la ciencia (la ciencia como algo diferente de otras formas de conocimiento, notoriamente más relajadas y menos atentamente autocontroladas). Esto significa que de los sociólogos se espera que

se preocupen especialmente por distinguir –de una manera clara y visible para cualquiera– entre las formulaciones corroboradas por la evidencia disponible y las afirmaciones que sólo pueden reivindicar una condición de suposición provisional y no verificada. Los sociólogos deben abstenerse de formular ideas que sólo se sustentan en sus creencias (aun en las más ardientes y emocionalmente intensas) como si se tratara de conclusiones verificadas y que implican la ampliamente respetada autoridad de la ciencia. Las reglas del discurso responsable exigen que nuestro "taller" –es decir, el procedimiento que llevó a las conclusiones finales y que supuestamente garantiza su credibilidad– esté abierto a un examen público ilimitado; tácitamente se debe invitar a todo el mundo a repetir las pruebas y a demostrar –llegado el caso– que las conclusiones son erróneas. El discurso responsable debe vincularse también con otras afirmaciones sobre su tema; no puede simplemente descartar o ignorar otras opiniones que hayan sido expresadas, aunque se opongan fuertemente a él y sean, por ello, inconvenientes. Se espera que toda vez que se observen honesta y meticulosamente las reglas del discurso responsable, la credibilidad y en última instancia la utilidad práctica de las conclusiones se verán muy favorecidas, cuando no totalmente garantizadas. Nuestra fe en la confiabilidad de las creencias respaldadas por la ciencia se basa, en gran medida, en la esperanza de que los científicos acatarán las normas del discurso responsable y de que la profesión científica en su conjunto velará porque cada miembro de la profesión así lo haga, en todos los casos. En cuanto a los científicos, todos señalan las virtudes del discurso responsable como un argumento en favor de la superioridad del conocimiento que ofrecen.

La segunda diferencia tiene que ver con el *tamaño del campo* del que se extrae el material para el juicio. Para casi todos nosotros, los no profesionales, ese campo se limita al mundo de nuestra vida personal: las cosas que hacemos, la gente que frecuentamos, los objetivos que queremos alcanzar y los que creemos que otras personas quieren alcanzar. Rara vez, o nunca, hacemos un esfuerzo por elevarnos por encima del nivel de nuestras preocupaciones cotidianas, por ampliar el horizonte de nuestra experiencia, ya que eso requeriría tiempo y recursos que no disponemos o que no estamos dispuestos a invertir en ese esfuerzo. Y sin embargo, dada la enorme diversidad de las condiciones de nuestras vidas, cada experiencia basada únicamente en un mundo individual es necesariamente parcial y muy probablemente unilateral. Estas desventajas sólo pueden rectificarse reuniendo y comparando otras

experiencias, extraídas de muchos mundos individuales. Recién entonces se nos revelará la parcialidad de la experiencia individual y también la compleja red de dependencias e interconexiones en que está inmersa, una red que se extiende mucho más allá del ámbito que sería posible examinar desde la perspectiva de la biografía de una sola persona. El resultado general de esa ampliación del horizonte será el descubrimiento del íntimo vínculo que existe entre la biografía individual y los procesos sociales amplios que el individuo puede no conocer y seguramente es incapaz de controlar. Por esta razón, el hecho de que los sociólogos adopten una perspectiva más amplia que la que ofrece el mundo de los individuos significa una gran diferencia; no sólo una dife-rencia cuantitativa (más datos, más hechos, estadísticas en lugar de casos aislados), sino una diferencia en la calidad y los usos del conocimiento. Para las personas como usted y como yo, que perseguimos nuestros respectivos objetivos en la vida y luchamos por obtener un mayor control sobre nuestra situación, el conocimiento sociológico tiene algo que ofrecer que el sentido común no tiene.

La tercera diferencia entre sociología y sentido común pertenece al modo en que cada uno procede para **explicar** la realidad humana: a cómo se las arregla cada uno para explicar satisfactoriamente por qué sucedió esto y no aquello o por qué las cosas son así y no de otro modo. Supongo que por experiencia propia sabe (como también lo sé yo) que usted es "el autor" de sus acciones; sabe que todo lo que hace (aunque no necesariamente los resultados de sus acciones) es un efecto de su intención, esperanza o propósito. Habitualmente usted hace lo que hace a fin de alcanzar un cierto estado de cosas que desea, ya se trate de poseer un objeto, recibir una felicitación de sus profesores o poner fin a una disputa con su novia. Y naturalmente, su forma de pensar acerca de sus actos le sirve de modelo para dar sentido a todas las otras acciones. Uno se explica esos actos imputando a los demás intenciones que conoce a partir de su propia experiencia. Esta es la única manera que tenemos de explicar el mundo humano que nos rodea, mientras sigamos sacando nuestras herramientas de explicación de nuestros respectivos mundos privados. Tenemos una tendencia a percibir todo lo que acontece en el mundo como una consecuencia de la acción intencional de alguien. Buscamos a las personas responsables de lo que ha sucedido; y una vez que las encontramos creemos que nuestra investigación ha terminado. Damos por sentado que detrás de cada acontecimiento que nos gusta está la buena voluntad de alguien; y las malas intenciones de alguien, detrás de los que no nos gustan. Nos resulta difícil aceptar que una

situación no fue un efecto de la acción intencional de un "alguien" identificable; y no estamos dispuestos a renunciar sin más a nuestra convicción de que toda condición desfavorable podría remediarse sólo con que alguien, en alguna parte, quisiera realizar el acto correcto. Y aquellos que en cierto modo interpretan el mundo para nosotros –políticos, periodistas, publicitarios– son sensibles a esa tendencia nuestra y hablan de "las necesidades del Estado" o de "las exigencias de la economía", como si el Estado o la economía estuvieran hechos a la medida de las personas individuales y pudieran tener necesidades o plantear exigencias. Por otra parte, estas personas describen los complejos problemas de las naciones, los Estados y los sistemas económicos (profundamente arraigados en las estructuras mismas de tales abstracciones) como los efectos de los pensamientos y los actos de unos pocos individuos que podemos nombrar y entrevistar frente a una cámara. La sociología se opone a esa visión del mundo personalizada. Como sus observaciones parten de *abstracciones* (redes de dependencias) y no de actores individuales o de acciones aisladas, la sociología puede demostrar que la conocida metáfora del individuo motivado como clave para la comprensión del mundo humano –incluyendo nuestros pensamientos y actos más personales y privados– es incorrecta. Cuando pensamos sociológicamente intentamos explicar la condición humana a través del análisis de las múltiples redes de la interdependencia humana: esa dura realidad que explica tanto nuestras motivaciones como los efectos de su realización.

Finalmente, recordemos que el poder del sentido común sobre la manera en que entendemos el mundo y nos entendemos a nosotros mismos (la inmunidad del sentido común frente al cuestionamiento, su capacidad para la autoconfirmación) depende de la índole aparentemente autoevidente de sus preceptos. Esto descansa, a su vez, en la naturaleza rutinaria y monótona de la vida cotidiana, que informa nuestro sentido común y es al mismo tiempo informada por él. Mientras realicemos los movimientos habituales y rutinarios que constituyen la mayor parte de nuestra actividad cotidiana, no necesitamos demasiado autoexamen ni autoanálisis. Cuando se las repite mucho, las cosas se tornan familiares, y las cosas familiares son autoexplicativas; no presentan problemas ni despiertan curiosidad. En cierto modo, son invisibles. No se formulan preguntas porque las personas aceptan que "las cosas son como son", "las personas son como son" y afortunadamente poco se puede hacer al respecto. La familiaridad es enemiga acérrima de la curiosidad y la crítica y, por ende, de la

innovación y el coraje de cambiar. En la confrontación con ese mundo familiar regido por hábitos y por creencias que se realimentan recíprocamente, la sociología actúa como un intruso a menudo irritante. Perturba nuestra agradablemente tranquila forma de vida haciendo preguntas que nadie, entre los "lugareños", recuerda haber oído –y mucho menos respondido– nunca. Esas preguntas transforman las cosas evidentes en rompecabezas: **desfamiliarizan** lo familiar. De pronto la forma de vida habitual es puesta en tela de juicio; y desde ese momento parece ser sólo una de las formas de vida posibles, no la "natural" y tampoco la única.

El cuestionamiento y la perturbación de la rutina no son del agrado de todo el mundo; muchas rechazan el desafío de la desfamiliarización porque requiere un análisis racional de cosas que hasta entonces "funcionaban solas". (Podríamos traer a colación el cuento de Kipling sobre aquel ciempiés que caminaba ágilmente con sus cien patas hasta que un cortesano adulador empezó a elogiarlo por su excelente memoria, que le permitía no apoyar jamás la pata número treinta y siete antes de la ochenta y cinco, o la cincuenta y dos antes de la diecinueve. La súbita y brutal toma de conciencia le provocó una gran timidez al desdichado ciempiés, que no pudo caminar nunca más.) Algunos se sienten humillados: aquello que conocían y de lo que estaban orgullosos ha sido devaluado, quizás hasta desvalorizado y ridiculizado; y eso constituye un choque que a nadie le gusta. Pero, pese a lo comprensible que pueda ser el rechazo, la desfamiliarización también tiene sus ventajas. La más importante es que ofrece nuevas e insospechadas posibilidades de vivir la propia vida con más autoconciencia, más comprensión y hasta, quizá, con más libertad y control.

Para todos aquellos que creen que vivir la vida de una manera consciente vale el esfuerzo, la sociología puede llegar a ser una gran ayuda. Si bien mantiene con él un diálogo íntimo y permanente, la sociología aspira a superar las limitaciones del sentido común, trata de abrir las posibilidades que éste tiende naturalmente a cerrar. Al cuestionar nuestro conocimiento de sentido común, la sociología nos impulsa y alienta a reevaluar nuestra experiencia, a descubrir más interpretaciones posibles y a tornarnos algo más críticos, a aceptar cada vez menos las cosas como son actualmente o como creemos que son (o, más bien, como nunca habíamos considerado que no eran).

Podríamos muy bien decir que el principal servicio que el arte de pensar sociológicamente puede prestarnos a todos y cada uno

de nosotros es hacernos más *sensibles*: aguza nuestros sentidos, nos abre los ojos para que podamos explorar las condiciones humanas que hasta ahora habían permanecido casi invisibles para nosotros. Y una vez que comprendemos mejor que los aspectos de nuestras vidas aparentemente naturales, inevitables, inmutables y eternos fueron creados por medio del ejercicio del poder y los recursos humanos, nos resulta cada vez más difícil aceptar que sean inmunes e impenetrables a la acción de cualquier ser humano, incluidos nosotros mismos. El pensamiento sociológico tiene poder por derecho propio, tiene un poder *antifijador*. Hace otra vez flexible un mundo que hasta entonces era oprimente en su aparente fijeza: lo muestra como un mundo que podría ser diferente de lo que es. Se puede afirmar que el arte del pensamiento sociológico contribuye a ampliar el panorama, a aumentar la eficacia audaz y práctica de mi *libertad* y también de la suya, lector. Una vez que ha aprendido y dominado ese arte, el individuo se hace un poco menos manipulable, algo más resistente a la opresión y a la reglamentación exterior; y es más probable que se resista a ser comandado por fuerzas que pretenden ser irresistibles.

Pensar sociológicamente significa comprender más a fondo a la gente que nos rodea, con sus proyectos y sus sueños, sus preocupaciones y sus desgracias. Quizá podamos entonces apreciar mejor a los individuos en sí mismos y quizá lleguemos a sentir más respeto por su derecho a hacer lo que nosotros estamos haciendo, y a hacerlo con placer: elegir la forma de vida que prefieran, seleccionar sus proyectos, definirse y –finalmente, pero no lo menos importante– defender con vehemencia su dignidad. Tal vez nos demos cuenta de que al hacer todas esas cosas los demás tropiezan con los mismos obstáculos con que nosotros tropezamos, y se sienten a veces tan amargados y frustrados como nosotros nos sentimos. Y por último, el pensamiento sociológico favorece la solidaridad, una solidaridad fundada en la comprensión y el respeto mutuos, una solidaridad que se expresa a través de nuestra común resistencia ante el sufrimiento y de nuestra unánime condena a la crueldad que lo causa. Si se alcanza ese efecto, habremos fortalecido la causa de la libertad, porque la habremos elevado al rango de una causa *común*.

Pensar sociológicamente puede ayudarnos también a entender otras formas de vida, inaccesibles para nuestra experiencia directa y que con demasiada frecuencia forman parte del conocimiento de sentido común sólo como estereotipos, es decir, las caricaturas tendenciosas y unilaterales de las formas de vida de gente diferente de nosotros (gente distante o mantenida a distancia por nuestra

desconfianza o nuestro rechazo). La percepción de la lógica interna y el significado de las formas de vida diferentes de la nuestra puede muy bien impulsarnos a reflexionar sobre la supuesta dureza del límite que ha sido trazado entre nosotros y los demás, entre "nosotros" y "ellos". Y por sobre todo, puede llevarnos a desconfiar de la índole predeterminada, natural, de ese límite. Y bien podría ser, además, que esta nueva comprensión hiciera que nuestra comunicación con el "otro" fuera más fácil y tuviera más probabilidades de llevarnos a un acuerdo. Que reemplazara miedo y antagonismo por tolerancia. Ello fortalecería también nuestra libertad, ya que las garantías de mi libertad no son más fuertes que las de la libertad de todos; ni que la de aquellos que prefirieron usar su libertad para embarcarse en una vida diferente de la mía. Sólo en tales condiciones puede ejercitarse la libertad de decidir.

Por las razones que acabamos de exponer, se suele considerar que el fortalecimiento de la libertad individual que se intenta lograr apoyándose en el sólido basamento de la libertad colectiva tiene un efecto **desestabilizador** sobre las relaciones de poder existentes (que sus guardianes describen como *el* orden social). Por eso la sociología es acusada a veces de "deslealtad política" por los gobiernos y otros dueños del poder que controlan el orden social (particularmente por los gobiernos dados a limitar la libertad de sus súbditos y a socavar su resistencia a las normas que –para que sean obedecidas– deben ser presentadas al público como "necesarias", "inevitables" o "las únicas razonables"). Cuando asistimos a una renovada campaña contra el "impacto subversivo" de la sociología, podemos tener la certeza de que se está preparando otro ataque a la capacidad de los súbditos para resistirse a la reglamentación coercitiva de sus vidas. Y casi siempre esas campañas coinciden con severas medidas contra las formas vigentes de autodefensa de los derechos colectivos; es decir, en otras palabras, contra las bases colectivas de la libertad individual.

Se ha dicho que la sociología es el poder de los que no tienen poder. Pero no siempre es así. Nada garantiza que por haber adquirido cierta comprensión sociológica uno pueda eliminar o vencer la resistencia de las "duras realidades" de la vida; el poder de la comprensión no basta para enfrentar las presiones de la coerción que acompañan al resignado y sumiso sentido común. Pero si no fuera por esa comprensión, la posibilidad de manejar bien la propia vida y de que las condiciones de vida compartidas se manejen colectivamente sería menor aún.

Este libro fue escrito con un propósito: ayudar a las personas comunes, como usted y yo, a ver a través de las propias experiencias; y mostrar que los aspectos de la vida aparentemente familiares pueden ser interpretados de una nueva manera y vistos bajo una luz diferente. Cada capítulo aborda un aspecto de la vida cotidiana, el conjunto de dilemas y decisiones a tomar con que nos confrontamos todos los días, sin tener demasiado tiempo ni oportunidad de pensar en ellos con profundidad. Y cada capítulo pretende suscitar ese pensamiento: no "corregir" el conocimiento del lector, sino ampliarlo; no reemplazar un error con una verdad incuestionable, sino alentar el examen crítico de las creencias hasta ahora sostenidas acríticamente; promover el hábito del autoanálisis y del cuestionamiento de todas las ideas que pretenden ser certezas.

Por lo tanto, este libro está destinado al uso personal, aspira a ser una ayuda para comprender los problemas que surgen en nuestras vidas cotidianas de seres humanos. En este aspecto es diferente a otros libros de sociología: está organizado según la lógica de la vida cotidiana y no según la lógica de la disciplina académica que la estudia. Unos pocos temas, que interesan a los sociólogos profesionales debido a los problemas que enfrentan en su propia "forma de vida" (es decir, la vida de sociólogos profesionales) han sido mencionados brevemente o simplemente omitidos. Por otra parte, a ciertas cosas que están siempre en el borde del cuerpo principal del conocimiento sociológico se les ha dado preponderancia, según su importancia en la vida común. Es así que no se encontrará en este libro ninguna descripción amplia de la sociología tal como se la practica y enseña en las instituciones académicas. Para obtener esa visión abarcadora el lector tendrá que recurrir a otros textos; al final del libro se han incluido algunas sugerencias.

Un libro dirigido a comentar nuestra experiencia de todos los días no puede ser más sistemático que la experiencia misma. De allí entonces que la narración proceda en círculos en vez de avanzar en línea recta. Algunos temas vuelven para que los consideremos a la luz de lo que se ha discutido entretanto. Todo esfuerzo de comprensión funciona así: para avanzar un paso es preciso volver a etapas anteriores. En lo que creíamos haber entendido cabalmente aparecen interrogantes que no habíamos notado antes. Parece que fuera un proceso interminable, pero es posible beneficiarse mucho en su transcurso.